TEXTO

En 1885, Van Gogh realizó una de sus obras más emblemáticas, *Los comedores de patatas*. En este óleo plasma la comunión de las clases más humildes alrededor de una mesa y de unos solitarios tubérculos. Grotescas caricaturas componen una obra modernamente realista. Su compromiso con el arte obrero tocaba a su fin, y París comenzaba a tentarle. El holandés reflejó en su lienzo la miseria más absoluta, lejos de imaginar que un siglo después aquella paupérrima cena hubiera resultado el mayor de los festines para una parte considerable de la población mundial, principalmente en África y sur de Asia: 852 millones de personas pasan hambre diariamente. Según datos de Unicef, 27.000 niños menores de cinco años mueren cada día por causas evitables. El hambre es la primera. Únicamente cinco países destinan el pactado 0,7% de su PIB para ayudarles. España asigna el 0,42%. Y lo más lamentable: nuestro planeta produce para alimentar al doble de su población.

Está bien repartir la pesca, pero mejor enseñar a pescar. Mientras no se invierta en agricultura poco se conseguirá. Solo los que potencian políticas agrícolas ganan batallas en la lucha contra el hambre. En el Cuerno de África la sequía y la guerra son males endémicos y al mundo rico le sobran recursos para arreglarlo. ¿Interesa hacerlo? Es prioritario continuar con la condonación de deudas. Lo contrario sería asumir un capitalismo salvaje que produce urticaria.

Decía Comte, padre del positivismo, que el único principio absoluto es que todo es relativo. Los comedores de patatas son, pues, unos privilegiados.

IGNACIO BERMÚDEZ DE CASTRO: “Planeta hambriento”, *La Voz de Galicia*